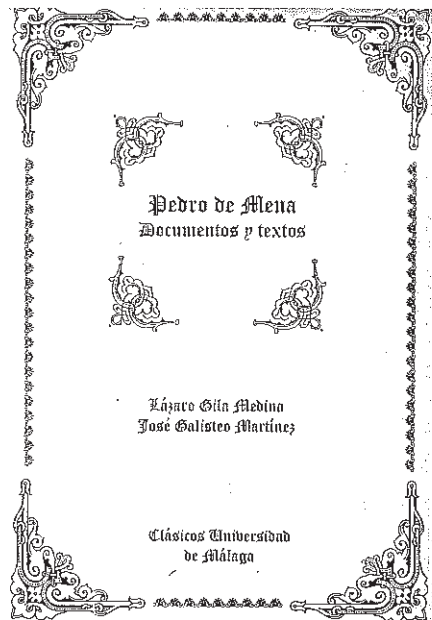


■ GILA MEDINA, Lázaro y GALISTEO MARTÍNEZ, José: *Pedro de Mena. Documentos y Textos*, Colección "Clásicos Universidad" 10, Málaga, Universidad, 2003.

Juan Antonio Sánchez López

*Pulves eris et in pulverem reverteris.* El 14 de Octubre de 1688 tan terrible y fatalista máxima existencial se veía cumplida y manifestada *ad oculos* en presencia de aquellos testigos asistentes a la inhumación del cuerpo sin vida de Pedro de Mena y Medrano bajo el frío pavimento de la Abadía Cisterciense de Santa Ana, donde hoy siguen. Durante largos años, todo hacía suponer que una losa todavía más pesada que aquella cayese sobre la memoria de quien, a juicio de Antonio Palomino, había creado para la Catedral de Málaga una tan soberbia sillería coral, que pudiera ser la octava maravilla del mundo de no haber otra que la igualase. Sin embargo, y para su fortuna, el nombre de Pedro de Mena no se vio sumido entre las nieblas del olvido, gracias a una serie de acontecimientos concatenantes que se ocuparon, por el contrario, de su revalorización historiográfica y crítica. Sobra afirmar que tan interesante proceso de "rehabilitación" del otrora discípulo de Alonso Cano resultó determinante de cara a la alta estimación cosechada por su figura en el panorama del arte español de la Edad Moderna y de la escultura del Barroco en particular; pero también decisivo, en pro de su conversión y consolidación en calidad de "mito" artístico para una ciudad que, como Málaga, únicamente lograría alcanzar un merecido renombre en el contexto de



la plástica del Seiscientos, gracias al prestigio indiscutible y la relevancia nacional e internacional alcanzada por el sinnúmero de obras salidas por los portones de la casa-taller del escultor, sita todavía en la actual calle Afligidos en las inmediaciones del Císter y colindante con la basilica malagueña.

La celebración del Tercer Centenario del nacimiento del artista, en 1928, recogió los frutos de una recuperación de Mena, iniciada ya desde el siglo XIX a raíz de la puesta en valor de sus obras señeras, el retorno de sus restos tras la demolición del primitivo templo cisterciense inmediata a la Desamortización y la publicación de un prontuario crítico por parte de la Sociedad Económica del País, a instancias del tremendo revulsivo en pro del propio Mena y su producción implícito por la edición anterior de la monografía dedicada al escultor por Ricardo de

Orueta. Más tarde, la llegada del Tercer Centenario de su óbito, en 1988, brindó una oportunidad excepcional para que la comunidad científica y universitaria procediese a una revisión de cuanto la historiografía, la publicística y la crítica erudita habían vertido en torno al artista y su obra. En este sentido, la publicación de un excelente Catálogo con motivo de la exposición antológica celebrada en la Catedral de Málaga y la edición de las Actas del Simposio Nacional en torno a Mena y su época permitieron introducir las pertinentes matizaciones en aquellos aspectos relativos a la problemática atribucionista, el conocimiento de piezas inéditas o escasamente conocidas o la puntualización a una serie de vertientes colaterales inherentes a la personalidad del mismo Mena como individuo hijo de su tiempo y de unas circunstancias particulares. Finalmente, la inauguración, en 1997, del Museo de Arte Sacro de la Abadía Cisterciense de Santa Ana ha supuesto una de las más firmes apuestas del mundo de la cultura malagueña por reivindicar la importancia señera de la figura y el taller del granadino en el contexto de la estatuaría hispana de los Siglos de Oro.

Pero la vida sigue, y al igual que cualquier otro organismo vivo, la Historia del Arte no cesa de incrementar su bagaje con renovadas aportaciones que, sobre la base de lo existente, introduce lecturas distintas en clave diversa. De ahí que la aparición de la monografía elaborada por el profesor Lázaro Gila Medina y el joven investigador José Galisteo Martínez, venga a representar un auténtico acontecimiento historiográfico que viene a sumar, después de unos años de cierta "sequía" sobre el particular, una sugestiva aporta-

ción concebida a modo de *corpus* literario-documental en torno al artista, su vida y su obra. De hecho, en sus páginas no sólo se recoge, anota y transcribe la documentación oficial arrojada por el devenir de una serie de encargos de cierta enjundia y prestigio, sino otra serie de noticias referidas a su progenie y entorno familiar más íntimo e inmediato o sus relaciones con los distintos colectivos profesionales y artísticos ocupados en la plasmación del retablo como proyecto artístico en su dimensión globalizadora y total. Tampoco olvidan los autores incluir referencias testimoniales que reflejan sus ambiciones, intereses, iniciativas, inquietudes e implicaciones personales como individuo obsesionado con el "ser" y "parecer" del hombre barroco que pulula entre los entresijos de una sociedad externista, contradictoria, controvertida y estremecida por la incertidumbre que transforma su vida y la de todos en un teatro, a veces patético y trágico al mismo tiempo; pero, teatro en definitiva, por y en sí mismo.

Para un mejor seguimiento de las cuestiones descritas, los autores adoptan un esquema vertebrador que postula la pertinente sucesión de los documentos y textos, a tenor de un estricto orden cronológico comprendido entre 1622-1735. Tan acertada metodología permite "narrar" en sentido figurado toda una trayectoria vital, a partir de la cual quedan oportunamente comprendidos y acotados los principales movimientos, hechos y pasos dados en el mundo por los Mena desde los inmediatos ancestros a la prole del artista; de tal manera que el lector puede ir asistiendo en primera fila a los hitos protagonísticos de tan intenso devenir, desde las velaciones nupciales de los padres

—Alonso de Mena y Juana Medrano— y la partida de bautismo del futuro escultor, a la partición de sus bienes y las variopintas actividades de sus hijos y herederos, pasando por supuesto por las circunstancias específicas de su producción. En este último apartado, descuella el grueso documental dedicado a la ejecución de las esculturas orantes de los Reyes Católicos para la Capilla Mayor de la Catedral de Granada. La importancia concedida por el Cabildo a esta empresa explica su apuesta por Mena como artífice ejecutante, por cuanto con la inserción de las estatuas en el magno discurso iconográfico de la rotonda siloesca se aspiraba refrendar el instituto regio y erección canónica de la basílica en virtud del estatuto jurídico emanado a favor de los monarcas en función de las disposiciones del Real Patronato y, de paso, revalidar simbólicamente aquella oportunidad perdida de investir al recinto sagrado del carisma de panteón imperial y real.

Junto a los ya reseñados, el libro todavía depara dos gratos y grandes alicientes. De una parte, la incorporación de fuentes literarias que implican una mirada alternativa y sugerente ante el envarado discurso protocolario y jurídico de la documentación convencional. De hecho, tanta importancia reviste para el historiador del Arte la información aséptica y taxonómica desprendida de la escritura notarial, del libro de cuentas o del rescripto de las Actas como las exaltadas y grandilocuentes hipérboles que rezuman de los sermones, las descripciones pagnegricas, las composiciones poéticas o

las tonadillas musicales. Todas ellas también han encontrado su lugar en este compendio capitalizado por Pedro de Mena, antojándose altamente demostrativas de la aludida estima propiciada por sus esculturas; rehabilitando subsiguientemente para la historiografía la presencia y eficacia de la Literatura Artística en su condición de elemento valedor de las conexiones establecidas entre la creación y sus respectivos creadores y la trama cultural y el tejido social en que todo cobra su sentido. Asimismo, y con independencia al repertorio literario, la segunda y notable realidad es la eficacia instrumental conferida al libro mediante la inclusión de una exhaustiva bibliografía sobre Pedro de Mena que, ya de por sí, constituiría, en honor a la verdad, un opúsculo independiente altamente válido como herramienta del especialista, brújula del estudioso y estímulo para el lector. No olvidan tampoco los autores vivificar el texto con una escogida selección de ilustraciones que evocan la memoria en imágenes de unas emociones y contradicciones plasmadas sobre el papel escrito. Nos situamos, en definitiva, ante una obra resultado tanto de una indagación esforzada por los senderos de la Historia, como de la colaboración entre los dos autores al unirse en un resultado conclusivo la acreditada experiencia y solvencia científica del profesor Lázaro Gila y el despertar incipiente de la trayectoria investigadora de José Galisteo, quien actualmente persiste en el estudio de distintos aspectos de la obra de Mena en una serie de trabajos en curso en torno a la hermosa sillería coral.